

LA “FE-EMUNÁ” FRENTE
A LA CREENCIA.

Pr. Joaquín Yebra.

Índice

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN..... | 1 |
| ¿FIELES O CREYENTES? | 3 |
| LA "FE-EMUNÁ" NO ES CREENCIA SINO CONFIANZA Y OBEDIENCIA..... | 6 |
| LA ESENCIA DE LA "FE-EMUNÁ"..... | 9 |
| LA MÍSTICA DE LA "FE-EMUNÁ" | 12 |
| EL PROPÓSITO FINAL DE LA "FE-EMUNÁ"..... | 16 |
| LA "FE-EMUNÁ" FRENTE A LA FE DE LOS FILÓSOFOS..... | 19 |
| EL "TEMOR-AMOR" DE LA "FE-EMUNÁ"..... | 22 |
| CONCLUSIÓN..... | 26 |

INTRODUCCIÓN.

El estudio de los orígenes de la palabra "fe" nos produce un efecto parecido a cuando abrimos una ventana y dejamos que penetre una suave brisa fresca al despertar por la mañana. Se trata de un sustantivo que se emplea en diversos lenguajes --profano, jurídico y religioso-- y, por consiguiente, presenta una extensa gama de contenidos y variopintos matices.

La primera gran sorpresa del estudioso es el descubrimiento de que la voz "fe" sólo aparece en dos ocasiones en el Antiguo Testamento, y una de ellas en forma negativa, como "infidelidad":

"Y dijo: Esconderé de ellos mi rostro, veré cuál será su fin; porque son una generación perversa, hijos infieles." (Deuteronomio 32:20).

"He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá." (Habacuc 2:4).

Si somos capaces --¡Dios lo quiera!-- de despejar toda la maleza que se ha ido acumulando sobre la sencilla fe bíblica, pronto descubriremos que en las Sagradas Escrituras no hay nada que se asemeje a lo que entre nosotros denominamos "artículos de fe", "promulgación de dogmas", "confesiones de fe", "declaraciones doctrinales", "posturas y afirmaciones teológicas", y un largo etcétera de pedantería cultista de extraña factura. En la Biblia no hay una sola referencia que nos haga pensar en "creer" como aceptar o asumir un credo. ¿Pero cuál es la razón por la que hay tal ausencia de una formulación catequética en las Escrituras? La respuesta es doble y concomitante: Por una parte, la revelación bíblica no contiene ningún énfasis en cuanto a una profesión dogmática, sino que se centra en la existencia, en la conducta del hombre. Y, por otra parte, el pensamiento especulativo y sistemático no se da en el pueblo de la Biblia. Tendremos que esperar casi hasta la Edad Media para encontrar en el seno del judaísmo algo que se asemeje a la formulación de artículos de fe con características más de apologética que de dogmática-- probablemente por la presión ejercida sobre los rabinos por parte de la cristiandad y otros credos.

¿Cuál es, pues, la palabra veterotestamentaria para la "fe"? Evidentemente, es la "confianza", la "fidelidad", la "obediencia", la "retención de la integridad". Cualquier otro sentido será siempre ajeno al de las Sagradas Escrituras.

La voz que nos ocupa nos ha llegado del latín "fides", término que traducen diversas formas sustantivas y verbales griegas por "pístis, pisteuo", como ocurre en la Biblia Septuaginta (LXX), en un intento por verter el vocablo hebreo "emuná". Sin embargo, el verbo griego "pisteuo", que suele traducirse por "creer", nos

conduce al sustantivo "creyente", y de ese modo se produce un cambio semántico que contribuye poderosamente en la formación de un error muy extendido. Y así es como muchos hombres y mujeres "creyentes" desconocen que la "fe" no sirve para "creer", sino para "vivir":

"He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe (heb.: "emunató", "su fidelidad") vivirá." (Habacuc 2:4).

¿FIELES O CREYENTES?

La inmensa mayoría de las personas piensan que "tener fe" es profesar el credo de una determinada religión. Sin embargo, el contenido semántico de "emuná" no tiene nada que ver con el sentido occidental que nos ha llegado de la Stoa griega. Para el pensamiento filosófico que ha configurado nuestros esquemas mentales, "tener fe" era adoptar una posición autárquica y autónoma. El individuo elegía una posición según la cual dirigiría su existencia con el propósito de realizarse a sí mismo. Por consiguiente, tal concepción antropocéntrica de la "fe" excluía --y excluye-- la iniciativa de Dios, centrándose en la opción del hombre. En este planteamiento se manifiesta el error inherente en la confusión de la "fe" con la "creencia", lo que conduce a tantos al entendimiento de la fe como una especie de atisbo de conocimiento estático y especulativo.

Según las Sagradas Escrituras, "emuná", la fe bíblica, es una respuesta de parte del hombre a la llamada de Dios. El Eterno se revela y habla. Las únicas posibilidades del individuo son responder o no a esa llamada. La respuesta, en actitud totalizada de la persona ante la Palabra de Dios, es "emuná". Conviene aquí tener presente que "amén", "en verdad", "verdaderamente", tiene la misma raíz que "emuná". La propia estructura de la palabra "emuná", de la raíz "amn", "confiar", muestra claramente su relación con "emet", "la verdad". Por eso se emplea en las Escrituras tanto para referirse a Dios como al hombre:

"Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y arón y Hur sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro de otro; así hubo en sus manos firmeza (heb.: "emuná") hasta que se puso el sol." (Éxodo 17:12).

"Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad (heb.: "emuná"), y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto." (Deuteronomio 32:4).

"He aquí, en sus siervos no confía (heb.: "emuná"), y notó necedad en sus ángeles." (Job 4:18).

"Muchos hombres proclaman cada uno su propia bondad, pero hombre de verdad (heb.: "emuná"), ¿quién lo hallará?" (Proverbios 20:6).

"Señor, tú eres mi Dios; te exaltaré, alabaré tu nombre, porque has hecho maravillas; tus consejos antiguos son verdad (heb.: "emuná") y firmeza (heb.: "omén")." (Isaías 25:1).

Es interesante considerar que las dos palabras finales de este versículo de Isaías son "emuná omén", una especie de redundancia enfática, pues ambas tienen la misma raíz verbal, pero, desde luego,

absolutamente carentes de cualquier connotación relacionada con el concepto de "creencia". La Biblia no nos aporta la idea de creencia, sino de verdad, de fidelidad, de "emuná omén", es decir, de "verdad firme", inamovible.

La "emuná" es decir "amén" a la Palabra de Dios, saber que Dios obra en la realidad de la vida, reconocer su verdad y fiarnos completamente, como niños, de Aquel que la pronuncia. De manera que la posición del hombre deja de ser autárquica y autónoma para convertirse en dependiente y heteronómica. Y aquí radica la reticencia del hombre a responder a la llamada de Dios, por cuanto el humano piensa que esta respuesta dependiente le disminuirá como individuo, reducirá su ser, y acabará con toda posible iniciativa para expresarse como tal. De manera que frecuentemente nada hay tan antagónico como la "creencia" y la "fe", por cuanto detrás de las creencias expresadas en abstracciones de difícil comprensión, sólo hallamos conceptos que no pasan de ser barreras para mantener autonomía e independencia frente a Dios. Todo sistema religioso presenta un esquema semejante, excepto la "fe-emuná" bíblica.

La "fe-emuná" es saber que el Señor nos sacó de la esclavitud. Este es el sentido pascual de la fe, tanto en la historia de Israel como en nuestra vida personal. De ahí que se nos pida que nos "limpiemos, pues, de la vieja levadura, para que seamos nueva masa, sin levadura, como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad." (10 Corintios 5:7-8).

Para muchos sabios antiguos de Israel, el pasaje clave para comprender el sentido de la "fe-emuná" se encuentra el Génesis 15:6: "Y creyó (Abram) al Señor, y le fue contado por justicia." Es decir, que "fe-emuná" es aceptar una promesa por el valor de quien la hace. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo conduce el argumento a su conclusión lógica:

"Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado. ¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia. ¿Cómo, pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión, o en la incircuncisión? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión. Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso, para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado... Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia" (Romanos 4:7-12; 18-22). (Gálatas 3:6).

Los sabios antiguos de Israel enseñaron que el fundamento estable de la fe es el "Yirat HaShem", es decir, el "Temor del Nombre del Señor", al ver quién es Él y lo que implica su llamada. Si hemos sido liberados de nuestra esclavitud, es natural que el Señor espere de nosotros nuestro servicio de amor y gratitud en obediencia reverente. Ese es el "Temor de Dios". Ahora bien, sabemos que hablar del "Temor del Señor" no está bien visto en muchos círculos dominados hoy por la filosofía humanista de la "gracia barata"; pero cuando extraemos el "temor" de la "fe-emuná", nos quedamos con esa "fe-convencional" que nada tiene que decir al hombre en su necesidad. Es más, llega a legitimizarse una deformación de tal calibre, que por "fe" se entiende el fenómeno diabólico de creer que se puede afirmar esa fe y vivir de la manera más opuesta a la voluntad expresa del Dador de la fe; hasta el punto de escudarse detrás del concepto "fe" como una excusa o coartada frente a las demandas divinas. Mientras tanto, el Señor sigue hablándonos claramente en la Escritura:

"¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!" (Deuteronomio 5:29).

"He aquí el ojo del Señor sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia." (Salmo 33:18).

"Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno." (Mateo 10:28).

"No sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios." (Colosenses 3:22).

"Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas." (Apocalipsis 14:7).

"Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes," (Apocalipsis 19:5).

LA "FE-EMUNÁ" NO ES CREENCIA SINO CONFIANZA Y OBEDIENCIA.

Emerson dijo: "Confíe en los hombres, y le serán leales." Todo el testimonio de las Sagradas Escrituras parece indicar que así es como el Señor actúa con nosotros. La característica esencial de los ídolos radica en el hecho de que son mudos. Pero el Dios vivo y verdadero habla y se revela a los hijos e hijas de los hombres. Confía en nosotros al encargarnos un trabajo. Los mandamientos, estatutos, ordenanzas y preceptos del Señor no son sino labores que el Eterno pone en las manos de sus hijos para que las acometamos bajo su dirección y su gracia soberana. La entrega de sus encomiendas nos hace apartar la mirada de nuestro acomplejado sentido de incapacidad para trasladar nuestras miras al Señor que nos ha llamado. Así es como el Bendito nos conduce a desempeñar nuestras tareas a un nivel nuevo y mucho más elevado. Nos da instrucciones precisas, nos otorga un ámbito de libertad en el que podemos desarrollar nuestro ser, nos clarifica las tareas encomendadas, pero no nos complica la vida aclarándonos cómo hace Él su labor. Si caemos en la trampa de traspasar los límites de nuestra habitación, nos enredaremos en muchas discusiones interminables. Pero todo irá bien si confiamos en la bondad del Eterno. Por eso es que Dios es quien siempre toma la iniciativa en la llamada de la "fe-emuná". Quien responde es constituido en fiel, pues la fidelidad de Dios nunca le abandonará. "Si fuéremos infieles, él permanece fiel." (20 Timoteo 2:13). Así es como Israel siempre entendió que es el Señor quien nos santifica con sus mandamientos.

Decir "amén", es decir, entrar en el ámbito de la "emuná", es confesar que deseamos ser fieles, y así se cumple la promesa del Señor otorgándonos la gracia de la confianza y la esperanza que caracterizan al fiel:

"Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve." (Hebreos 11:1).

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en el Mesías Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que

De ahí que creer confesiones de "fe" no pase de ser la subscripción de afirmaciones teológicas --mejor sería calificarlas de filosóficas-- pero que no necesariamente se traducen en acción, pues no pasan de ser posicionamientos conceptuales abstractos, mientras que la "emuná", aunque puede ser una "fe" muy poco culta, apenas informada, producirá siempre las obras que dimanen de la confianza y la obediencia a la Palabra de Dios.

El grado de implicación del conocimiento en el ámbito de la fe está expresado con claridad meridiana en las Sagradas Escrituras:

"Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!" (Romanos 10:13-15).

"Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí. Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios." (10 Corintios 15:1-9).

La sencillez de la iglesia naciente, en cuanto a lo que nosotros entenderíamos por expresión de fe doctrinal, al igual que respecto a la forma de culto, no puede ser más evidente:

"Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los

"¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación." (10 Corintios 14:26).

Estos textos describen a una comunidad sencilla, sin complicaciones teológicas, que se congrega para celebrar la fe y estimularse al amor:

"Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca." (Hebreos 10:22-25).

Las creencias, cuanto más elaboradas sean, producirán obras de naturaleza externa. La "fe-emuná", sin embargo, obrará de manera íntima en obediencia al gran precepto de Dios, el que engloba toda la Ley y los Profetas:

"No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo." (Levítico 19:18; Mateo 5:43; 19:19; 22:39; Marcos 12:31; Lucas 10:27; Romanos 13:9; Gálatas 5:14; Santiago 2:8).

"Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor...
Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación."
(Gálatas 5:6; 6:15).

LA ESENCIA DE LA "FE-EMUNÁ".

La revelación de Dios se desarrolla progresivamente en el curso de la historia. La propia Sagrada Escritura es una prueba documental al respecto. La "fe-emuná", por el contrario, es un regalo definitivo. Se nos entrega como don que nosotros debemos recibir, acoger, guardar, estimar y desarrollar en la obediencia. Y es el Mesías quien tiene la autoría de la fe y su desarrollo en nosotros por la presencia de su Espíritu Santo, hasta sus últimas consecuencias:

"Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios." (Hebreos 12:2).

La "fe-emuná" crece y se desarrolla, eso sí, por cuanto se trata de don divino, de simiente viva, de testimonio vital, de comunicación dialogal con Dios, pero nos es dada de una vez y para siempre:

"Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos." (Judas 3).

"Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia." (Gálatas 5:5).

Todo lo opuesto a la "fe-emuná" es oscuridad, perturbación de la mente y del espíritu carnales, falsedad, mentira, doblez, enredo religioso-filosófico al servicio de los intereses clasistas: "Todo lo que no proviene de fe, es pecado." (Romanos 14:23). "Emuná" es "fidelidad", "verdad", "probidad", "lealtad", "confianza", "seguridad", "sinceridad", "estabilidad", "tranquilidad", "sosiego", "integridad", y "gracia". Nuestra voz castellana "fe", al igual que en su equivalencia en las demás lenguas occidentales, palidece frente a la inmensa riqueza de la carga semántica que nos ofrece "emuná". De ahí que la "fe-emuná" sea computada por Dios como justicia:

"Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia." (Génesis 15:6; Romanos 4:3; Gálatas 3:6).

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios." (Romanos 5:1-2).

La "fe-emuná" no indica el acto de "creer" conceptos, ideas o credos. Muy poco, si es que algo, puede tener en común con la adhesión a una serie de proposiciones religioso-filosóficas de procedencia dudosa, generalmente de estamentos afincados en posiciones privilegiadas para la defensa de la riqueza diferenciante, frente a los pobres de la tierra de cualquier época y lugar. No hay una explicación más simple y certera que ésta para comprender el porqué del distanciamiento de la "fe convencional" por parte de las masas trabajadoras industriales, primeramente, y después de los campesinos. La "fe-emuná", por el contrario, se distancia del mero asentimiento intelectual a unos dogmas, cualesquiera que estos sean, promulgados por toda institución que se erija a sí misma como exclusivo agente para la salvaguarda de la "fe", mientras se compromete y ajusta a sí misma en función de los acuerdos y maridajes de interés que más convengan para conservar privilegios y prebendas.

Los elementos doctrinales o principios axiomáticos de la fe bíblica están contenidos en el Decálogo (Éxodo 20: 1-17; Deuteronomio 5: 1-21), y la declaración de la Unidad de Dios (Deuteronomio 6:4). Sólo cabría añadir el canto sublime de los atributos divinos que se desprenden del Nombre del Señor, que hallamos en Éxodo 34:6-7, y en Miqueas 7:18-20:

"Y el Señor descendió en la nube, y estuvo allí con él (Moisés), proclamando el nombre del Señor. Y pasando el Señor por delante de él, proclamó: (YHVH! (YHVH! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia amillares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el

pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación... de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos." (Éxodo 34:5-7; 20:5-6).

"¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados. Cumplirás la verdad a Jacob, y a Abraham la misericordia, que juraste a nuestros padres desde tiempos antiguos." (Miqueas 7:18-20).

La Escritura afirma que "la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios." (Romanos 10:17). La "fe-emuná" no es depositada en ninguna organización humana, carnalmente jerarquizada en sus estructuras, como todo cuanto acomete el hombre no redimido en su afán de dominación, sino que Dios la siembra en los corazones de los hombres y mujeres dispuestos a obedecer por el influjo volitivo de la gracia soberana del Eterno.

En la tradición hebrea, la Palabra de Dios por la que es la fe, por la cual ésta llega al oído y al corazón del hombre, proviene del cielo; pero, una vez que el mensaje es entregado en la tierra, ya es de la humanidad. De manera que la "fe-emuná" es dada por Dios en el punto de partida, en sus orígenes, para que el significado de esa fe sea descifrado por los hombres en la medida en que sus corazones se fíen del Eterno. Por eso Israel centra su fe en Deuteronomio 6:4-5: "Oye, Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus

fuerzas."Shemá", "oye", "escucha", es el principio básico y fundamental. De ahí que la fe sea por el oír, y el oír por la Palabra de Dios. "Oír", del latín "audire", está presente en el núcleo del castellano "obedecer", de "oboedire", que en la lengua latina es derivado de "audire". Obedecerá quien haya oído, y habrá oído quien en verdad obedezca. La "fe-emuná", al igual que la oración, tienen mucho más que ver con oír que con hablar. Es inimaginable--al menos a mí me lo parece-- que quienes han promulgado dogmas y levantado hogueras para quemar en ellas a sus hermanos que cambiaron de lugar alguna palabra o alguna coma, o bien expresaron su sentir con otras términos, hayan pasado alguna vez tan sólo cinco minutos en silencio delante del Señor, sin pensar en ellos mismos, en sus fobias, miedos, complejos, inseguridades e intereses egoístas.

La "fe-emuná" está en la base de la palabra mediante la cual el Eterno se reveló a su siervo Moisés en Sináí:

"Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros." (Éxodo 3:13-14).

Dice el texto hebreo: "Ehye Asher Ehye", expresión que comúnmente se traduce como hemos citado, pero cuyo sentido es más bien "Yo estaré allí", o "Yo estaré donde quiera que tú estés", y mediante la cual el Señor revela su presencia viviente, frente a una idea abstracta que pudiera plasmarse en una imagen, es decir, en un ídolo. Inmediatamente después, en la revelación a Moisés, el Eterno se presenta, no mediante la descripción de sus atributos, ni con el empleo de antropomorfismos, sino en términos de presencia, lo que parece confirmar la interpretación de su nombre revelado:

"Además dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: YHVH, el

Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos." (Éxodo 3:15).

LA MÍSTICA DE LA "FE-EMUNÁ".

"Emuná" es un estado espiritual asociado a la experiencia más profunda del alma con el Dios vivo y verdadero. De ahí que para los cabalistas fuera la experiencia con "Reishá d=lo ltyadá", es decir, con la "Cabeza de la Deidad", más allá de todo lo comprensible. "Emuná" es la conexión esencial con el Pacto o Alianza de Dios con Israel. De ahí que los sabios antiguos entendieron que existía una relación íntima entre el "maná", cuya primera aparición en las Escrituras es "man hu", "¿qué (es) esto?":

"Y viéndolo los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto? Porque no sabían qué era. Entonces Moisés les dijo: Es el pan que el Señor os da para comer." (Éxodo 16:15).

Con las mismas consonantes con que escribimos "man hu" formamos la voz "emuná". La "fe-emuná" es, por consiguiente, la manera en que el hijo y la hija de Dios dedican su vida al servicio del Señor, dispuestos a sacrificar -ofrecer- sus vidas por amor al Amado. Por eso es que, como hemos dicho, la "fe-emuná" está estrechamente unida a "emet", la "verdad". De ahí que "emet", palabra formada por las letras "álef", "mem" y "tav" -que son la primera, la central y la última del alfabeto hebreo- constituyan la verificación final o sello de la voluntad de Dios, de donde se deduce que la "fe-emuná" es la búsqueda de la voluntad divina para ponerla por práctica. La relación entre "emuná" y "emet" fue comprendida por los sabios de Israel como el impulso hacia la obediencia de la Palabra del Señor en todos los caminos del quehacer humano. Por eso, llamaron "tzadik emet", "justo de la verdad", a todo judío dispuesto a la obediencia a los mandamientos de Dios, más allá de todas las fronteras intelectuales y emocionales del hombre.

La "fe-emuná" resulta ser realmente indefinible, pues abarca todo el potencial del alma humana, y se expresa proyectándose supraracionalmente. Es, por consiguiente, característica esencial de la fe, permitir al hombre establecer una relación con el Eterno que trasciende todos los límites del intelecto humano. Estas consideraciones nos confirman que "emuná en Dios" va más allá de lo que solemos manifestar al decir "tener fe en Dios", y se aleja más todavía en la expresión "creencia", generalmente asociada a

"Porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio." (Romanos 2:13-16).

A la luz de la explicación rabínica que Pablo nos da en este texto de Romanos, si una persona "no cree" en la "teoría de Dios", en el "dios concepto", pero hace lo que es de la Ley, las "mitzvot" de Dios, está muchísimo más cerca de la "fe-emuná" que quien pretende ser justificado por ser oidor de la Ley, pero no hacedor. Quien dice y dice, afirma y subscribe credos, declaraciones doctrinales y confesiones de fe, pero hace lo que se le antoja, o bien lo que "cree" que es lo correcto, por más que diga y diga, no cree en Dios. De ahí que en la tradición de Israel hallemos la explicación talmúdica de que quien así actúa, siendo obediente a la voluntad divina, incluso sin conocerla, terminará también creyendo conceptualmente en el Señor en su vida, pues su práctica de la voluntad del Eterno, incluso no siendo consciente de por qué lo hace, le facilitará el camino al encuentro con su Señor, y llegará el momento en que sabrá por quién lo hace:

"Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a tí? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna." (Mateo 25:31-46).

Conviene aquí tener muy presente que la voz "emuná" está semánticamente relacionada también con el término "imún", cuyo significado es "desarrollar una habilidad", "entrenarse", "educarse", "criarse", como leemos en el libro de Ester: "Y (Mardoqueo) había criado (heb.: "omén", de "imún") a Hadasa, es decir, Ester, hija de su tío, porque era huérfana." (Ester 2:7). De aquí se deduce que no puede haber "fe-emuná" sin hacer lo estipulado en los mandamientos, preceptos, ordenanzas y decretos del Señor. No puede haber "emuná" sin dejarnos educar, enseñar, entrenar, criar por el Señor mediante su voluntad expresada en su Palabra, pues de lo contrario estaremos como huérfanos. De ahí que el término "Torá" deba traducirse preferentemente por "Instrucción", en lugar de por "Ley", para evitar que su sentido nomístico oculte el propósito fundamental del Bendito al revelarnos sus mandamientos. De esta aportación semántica se deduce que la "fe-emuná" implica la necesidad de entrenar nuestros hábitos de pensamiento y de acción, para desarrollar ese potencial divino de la esencia de cada ser humano, que es

la luz del Mesías: "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres." (Juan 1:4). Esta es la conexión con Dios que permite la conversión de cada creatura. Si no fuera por este atisbo de luz, el hombre no podría reconocer la voz de Dios en su llamada. De ahí que, como dice la Escritura, "el justo vivirá por la fe". Es decir, que el hombre que vive por la fe, el que se fía del Señor con todo su corazón, es declarado justo. Justo es aquel que confía en Dios sin fisuras. La "fe-emuná" es la potencia vibrante que abarca cada dimensión de la conducta del ser humano. Al igual que tratándose del amor, el sentimiento y el pensamiento son completamente secundarios a la práctica, a la decisión, a la acción concreta. La "fe emuná" es, pues, la vida de la vida. Y como dijera nuestro cordobés Maimónides: "El amor llegará con el conocimiento de la Torá, y la reverencia con el cumplimiento de todos sus preceptos." ("Guía de Perplejos", 3:52).

Dice Jesús: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos." (Mateo 5:17-20).

Parece como si el Señor se anticipara a nuestra degeneración del sentido de la fe. "No penséis" es la traducción de la estructura griega formada por la partícula negativa más un imperativo aoristo, es decir, una fórmula invocativa que adquiere el sentido de "no empecéis a pensar", "no os pongáis a pensar" que "he venido a abrogar ("derogar") la Ley o los Profetas." Jesús afirma haber venido a "cumplir", no a "derogar". Y "cumplir" es el griego "pler-osai", el antónimo de "abrogar", puesto que su sentido es el de "llenar", "dar cumplimiento", "llevar hasta sus últimas medidas y consecuencias."

"Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina. Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas." (Mateo 7:24-29).

La "fe-emuná" es el amor y la reverencia al Dios vivo y verdadero. Carece de todo sentido pasivo, por cuanto el amor y la reverencia u obediencia son acciones que tienen como objetivo al otro. De ahí que el Señor nunca pide que "creamos" en Él, en el sentido filosófico

"Amarás, pues, al Señor tu Dios, y guardarás sus ordenanzas, sus estatutos, sus decretos y sus mandamientos todos los días." (Deuteronomio 11:1).

"Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad... El que tiene mis mandamientos, y los guarda,

ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió... Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho." (Juan 14:15-17, 21, 23-24, 26).

EL PROPÓSITO FINAL DE LA "FE-EMUNÁ".

La "fe-emuná" es el acto de fiarse de Dios de todo corazón: "He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá." (Habacuc 2:4; Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38). La "fe-emuná" es dada por el Señor para ponerla en práctica en la vida, no para reducirla a abstracciones que pueden llenar de conceptos nuestras cabezas, pero que distanciarán la verdad de Dios de la justicia a la que somos llamados y capacitados por el Señor. De parte del Bendito, y conforme al testimonio de las Sagradas Escrituras, la verdadera fe, la "fe-emuná", nos es dada a los humanos para vivir fiándonos del Señor con todo nuestro ser, no para creer conceptos:

"Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque percedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis si haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas." (10 Pedro 1:5-9).

Urge revisar qué entendemos por "fe". Nuestra arraigada tendencia a la abstracción nos separa vertiginosamente del verdadero sentido de la "emuná". Podemos fácilmente ser "creyentes" sin ser "fieles", pero la fe nos es dada, no para creer, sino para vivir fielmente. Sin temor no habrá obediencia. Y la fe desprovista de sus elementos constituyentes -entre ellos el temor- se convertirá en un conjunto de ritos y gestos, así como un lenguaje particular y poco comprensible, que muy escasamente, o quizás nada, tendrá que ver con la llamada divina:

"Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe. Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y

Creo que hay una escena en el libro de Génesis que puede ilustrar cuál es el propósito de la "fe-emuná" sin caer en nuestra tentación conceptualizadora. Se trata de la peripecia de Jacob mientras prepara su encuentro con Esaú:

"Y se levantó aquella noche, y tomó sus dos mujeres, y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jacob. Los tomó, pues, e hizo pasar el arroyo a ellos y a todo lo que tenía. Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. "El que toma por el calcañar", o "el que suplanta", (Génesis 25:19-26). Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel ("el que lucha con Dios", o "Dios lucha" porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel ("El rostro de Dios"); porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma. Y cuando había pasado Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su cadera." (Génesis 32:22-31).

Este episodio del Génesis siempre llamó poderosamente la atención a estudiosos de todos los tiempos, e incluso artistas como Rembrandt y Chagall han plasmado la escena en sus obras pictóricas. Jacob ha enviado por delante a su familia con todas sus pertenencias, y ahora está solo, vulnerable. El varón que lucha con Jacob hace acto de presencia inesperadamente. Las dos figuras, Jacob y el Ángel del Señor se funden en el abrazo de la lucha. Ese es el propósito de la "fe-emuná". Es el abrazo de lucha que dura toda la noche, hasta que raya el alba, hasta el despuntar de la aurora, todos los días de nuestra vida en esta tierra, hasta el Gran Día de Dios, con la venida del Mesías. La pregunta del Ángel es clara: "¿Cómo te llamas?" El encuentro con Dios produce el cambio de nombre, pero cuando Jacob-Israel hace la misma pregunta, no obtiene la respuesta esperada. No recibe un nombre, sino la bendición anhelada: "¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí."

Jacob quiere conocer a Dios de una manera distinta a como le había conocido hasta aquel mismo momento. No se siente satisfecho con el conocimiento de Dios que poseía. Necesitaba una experiencia personal con el Dios vivo y verdadero. Por eso no suelta al Ángel del Señor hasta recibir su bendición. Así es como se traspasa la frontera entre la "fe convencional" y la "fe-emuná". Recibir la bendición del Señor es participar en el misterio de Dios y de Cristo, el secreto del Mesías, la capacidad de participar en el sufrimiento del Señor. Esta es la lucha a la que se refiere el apóstol en su Carta a los Colosenses:

"Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro; para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento." (Colosenses 2:1-3).

La "fe-emuná" nos lleva al Dios vulnerable, capaz del vincularse a nuestro sufrimiento, a nuestros dolores. La encarnación del Verbo, de la Palabra de Dios, es la prueba más irrefutable de que el Eterno ha vinculado nuestra historia a la suya. Dios se ha hecho historia en Jesús de Nazaret.

Viene a nuestra memoria la experiencia de Job. Hallamos en ella rasgos muy semejantes. Job conocía a Dios antes de estar a la intemperie, pero él mismo llega a reconocer que tan sólo le conocía de oídas.

Era temeroso de Dios, pero necesitó perderlo todo, quedar solo y vulnerable, para comprender que la vida es gratuidad, que no puede basarse la "fe-emuná" en ninguno de nuestros recursos y capacidades, ni puede contemplarse desde la óptica mercantilista de la retribución meritosa. Job descubre que la "fe-emuná" es poder de lo alto para amar a Dios de balde, en gratuidad, como Él primeramente nos ama:

"Respondió Job al Señor, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza." (Job 42:1-6). La verdadera fe en Dios, la "fe-emuná", sólo puede entenderse viviéndola, y esa vivencia sólo es posible por el camino de la "teshuvá", del retorno, del arrepentimiento. El Dios de Jacob no es la verdad conceptual de los filósofos, sino "Evangelio", "Buena Nueva"; no es una secuencia de abstracciones calificadas de "sana doctrina", presentadas en forma de catecismo o declaración doctrinal. Jacob sabe ahora que Dios es compasivo, es decir, dispuesto a padecer con él, a compartir su existencia. Por eso dirá el rabino Shaúl, latinizado Pablo, que "la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte." (20 Corintios 7:10). ¿Por qué? Porque la tristeza del mundo carece de esperanza. Es la angustia vital de muchos jóvenes que todo lo tienen en este occidente de escaparates repletos de objetos de consumo; es la tristeza de la drogadicción, el alcoholismo y la ludopatía; la angustia del afán por el dinero, por el rápido adelgazamiento a base de medicamentos, sin ejercicio físico adecuado, en una lucha estética e inmisericorde contra la autoimagen de millones de seres marcados por las huellas inequívocas del empobrecimiento espiritual. Por eso es que Pablo contrapone a la tristeza del mundo otra clase de tristeza que produce arrepentimiento, que mueve a emprender el camino de retorno, de regreso, donde "teshuvá" y "emuná" se encuentran y se funden en el brazo del amor de Dios.

LA "FE-EMUNÁ" FRENTE A LA FE DE LOS FILÓSOFOS.

Todo el espacio que media entre la "fe convencional" y la "emuná" corresponde con precisión al que media entre el dios de los filósofos y el Dios de Israel para todas las naciones. La "fe convencional" sirve para creer en el dios de la filosofía, aunque se autodenomine "teología"; una deidad que ocupa un lugar definido dentro de un sistema igualmente definido de pensamiento, y, por consiguiente, una idea que puede ser grande y magnífica, pero sólo un concepto más dentro del universo de las ideas. Esto, creemos, es lo que Pascal pretendió decirnos con las palabras que llevó siempre cosidas al forro de su jubón, desde el día en que pasó dos horas extáticas gritando desde el fondo de su alma: "(Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob! (No de los filósofos y eruditos!" Así llegaría nuestro matemático a comprender la diferencia existente entre la "fe convencional" y la "emuná", e incluso afirmaría que "toda la religión de los judíos había consistido sólo en el amor a Dios." ¿Por qué? Porque Dios no puede ser introducido en un sistema de pensamiento, cualesquiera que sea, precisamente por su propia esencia, por ser Dios. El dios de los filósofos es la idea de las ideas, lo conceptual por excelencia, y, por tanto, un alejamiento del Dios verdadero en la oscuridad y perturbación del corazón humano, donde se envanece el hombre en sus razonamientos, y el necio corazón pecador se entenebrece. (Romanos 1:18-32).

El dios de los filósofos es siempre Zeus, más o menos hábilmente disfrazado. Es muy fácil desenmascararle cuando lo confrontamos con el Eterno. El esquema de contraposición entre el dios de los filósofos teólogos y el Dios vivo y verdadero no deja lugar a la duda. La práctica del dios-idea es contemplación ociosa, sustentadora de las castas sacerdotales y apoyado por la aristocracia o la oligarquía. El Dios de Israel para todas las naciones es autor de la liberación de los oprimidos, su voz es profética, activa y popular. Zeus se autocontempla estáticamente, dentro de una atmósfera de pasividad, en una corte celestial que se asemeja a los viejos retablos de las iglesias. El Bendito no tiene sus oídos orientados sólo hacia las loas y las alabanzas de sus creyentes. El Señor escucha el clamor de los oprimidos. Es el Dios de los esclavos. Zeus, por el contrario, es espíritu puro, atemporal y ahistórico, mientras que el Dios de Israel para todas las familias de los hombres está encarnado en el tiempo y en la historia. Zeus, bajo todos sus disfraces ideológicos, justifica siempre la sociedad de clases, y arropa bajo los supuestos del orden y la legalidad el mayor de los desórdenes y de las ignominias, justificando y perpetuando la riqueza diferenciante, basada en la explotación del hombre por el hombre. Pero el Dios de Abraham, Isaac y Jacob Bel Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo-revoluciona la sociedad de clases. La máxima utopía del dios de los filósofos es la República platónica, con su democracia formal y burguesa, mientras que el Dios viviente establece el Reino como comunidad teocrática:

"Vendieron por dinero al justo, y al pobre por un par de zapatos. Pisotean en el polvo de la tierra las cabezas de los desvalidos, y tuercen el camino de los humildes." (Amós 2:6-7).

"Oíd esta palabra, vacas de Basán, que estáis en el monte de

Samaria, que oprimís a los pobres y quebrantáis a los menesterosos, que decís a vuestros señores: Traed, y beberemos. El Señor juró por su santidad: He aquí, vienen sobre vosotras días en que os llevarán con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pescador." (Amós 4:1-2).

"Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos, y arruináis a los pobres de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el mes, y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan, y achicaremos la medida, y subiremos el precio, y falsearemos con engaño la balanza, para comprar los pobres por dinero, y los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo? El Señor juró por la gloria de Jacob: No me olvidaré jamás de todas sus obras." (Amós 8:4-7).

"Y traeré del cautiverio a mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos." (Amós 9:14).

"Y alzando los ojos hacia sus discípulos, (Jesús) decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis..." (Lucas 6:20-26).

"Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios." (Mateo 19:23-24).

"¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia." (Santiago 5:1-6).

"Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalem, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron." (Apocalipsis 21:1-4).

Kant se aproximó mucho a esta realidad de la "fe-emuná". El filósofo llegó a comprender que "creer en Dios" significaba "creer en un Dios viviente", es decir, hallarse en una relación personal con un Tú

también personal, con una personalidad viva, no frente a un ídolo mudo, un mero concepto, que es la forma más sutilmente refinada de la idolatría. Sin embargo, Kant no sostuvo esta posición mucho tiempo. Se disolvió en sus elucubraciones porque le faltó lo que fue decisivo para Pascal: El paso trascendente de la fe, que es el amor a Dios.

EL "TEMOR-AMOR" DE LA "FE-EMUNÁ".

¿Quién se atreverá hoy a citar Isaías 8:13-14? "Al Señor de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo. Entonces él será por santuario." Muchos se rasgarán las vestiduras al oír lo que no dudarán en calificar como soberano disparate retrógrado. Hablar hoy de creer en Dios por temor repugna a la mayoría de los hombres, incluso a quienes se reconocen religiosos. Pero la Sagrada Escritura clarifica el sentido del temor del Señor en muchas ocasiones, y esto es absolutamente imprescindible para comprender el sentido de la "fe-emuná":

"¿No andaréis en el temor de nuestro Dios, para no ser oprobio de las naciones enemigas nuestras?" (Nehemías 5:9).

"¿No es tu temor a Dios tu confianza?... He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia." (Job 4:6; 28:28).

"Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor." (Salmo 2:11). "El temor del Señor es limpio, que permanece para siempre." (Salmo 19:9). "Venid, hijos, oídme; el temor del Señor os enseñaré." (Salmo 34:11).

"El principio de la sabiduría es el temor del Señor; buen entendimiento tienen todos los que practican tus mandamientos; su loor permanece para siempre." (Salmo 111:10; Proverbios 1:7; 9:10; 15:33).

"El temor del Señor es aborrecer el mal." (Proverbios 8:13). "El temor del Señor aumentará los días; mas los años de los impíos serán acortados." (Proverbios 10:27). "En el temor del Señor está la fuerte confianza." (Proverbios 14:26). "Mejor es lo poco con el temor del Señor, que el gran tesoro donde hay turbación." (Proverbios 15:16). "El temor del Señor es para vida, y con él vivirá lleno de reposo el hombre; no será visitado de mal." (Proverbios 19:23).

El Nuevo Testamento insiste en la enseñanza veterotestamentaria respecto al temor del Señor: "Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios." (20 Corintios 7:1).

"Someteos unos a otros en el temor de Dios." (Efesios 5:21). "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor." (Filipenses 2:12).

"Así que, recibiendo nosotros un reino inmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor." (Hebreos 12:28-29).

"Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación." (10 Pedro 1:17).

"Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado... ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? Pues sólo tú eres santo... Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes." (Apocalipsis 14:7; 15:4; 19:5).

La "fe-emuná" son las cuerdas de amor con que el Eterno sale al encuentro de Israel para atraerle, para seducirle, para atarle en vínculo matrimonial, y de ese modo revelara todos los pueblos y naciones la esencia de la naturaleza divina, frente a todos los ídolos mudos levantados por la ignorancia de la ciega humanidad:

"Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo.

Cuanto yo más los amaba, tanto más se alejaban de mí; a los baales sacrificaban, ya los ídolos ofrecían sahumerios. Yo con todo eso enseñaba a andar al mismo Efraín, tomándole de los brazos; y no conocí que yo le cuidaba. Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida." (Oseas 11:1-4).

Cuando el santo temor del Eterno no esté presente en nuestra fe, podremos estar seguros de que nos habremos apartado del camino de la "emuná", y que bajo el envoltorio de nuestras confesiones y declaraciones doctrinales es posible estemos agazapados, ocultando nuestra soberbia y nuestra falta de confianza en el Bendito, frecuentemente haciéndole decir al texto de la Escritura lo que no dice, para ajustar la Palabra de Dios a nuestros esquemas conceptuales, a los valores imperantes en nuestra sociedad, o haciendo concesiones y compromisos para satisfacer a nuestra clientela. Pero cuando aprendemos a amar a Dios --cuando descubrimos que "emuná" es "amor"; que "tener fe" es "amar", y que el "fiel" es un "amante"-- entonces comenzamos a percibir de alguna manera que existe una realidad muy por encima del mero concepto de la Divinidad, y que nuestra idea de Dios sólo es el "dios-idea", un ídolo del tamaño de nuestra cabeza.

Este santo temor, ingrediente básico de la "fe-emuná", debió faltarle a Caín. No cabe duda de que "creía" en Dios. Seguramente "creía" mucho más de lo que podamos creer cualquiera de nosotros. Sin embargo, el texto de la Escritura nos dice que "aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda al Señor. Y

Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró el Señor con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante." (Génesis 4:3-5).

Primeramente, vemos que la tierra no fue convertida en fuente de maldición para el hombre, sino en fuente de sustento para los humanos. Caín aparece aquí como un hombre que disfruta del beneficio de

su trabajo. Probablemente trata de mostrar a Dios su gratitud por el fruto de su labor. De ahí que presente a Dios una ofrenda de los frutos de la tierra. Ahora bien, si examinamos detenidamente las palabras del texto nos percataremos de que Abel imita a su hermano y trae también una ofrenda. El texto también nos da a entender que Abel parece mejorar la ofrenda de su hermano mediante un refinamiento que se expresa con las palabras "de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas." (v. 4). El Señor vio la intención de ambas ofrendas. Él siempre conoce la actitud que acompaña cualquier acto de devoción hacia su Persona. Dios no puede ser burlado ni engañado. Caín había inventado un sistema ritual para complacer a Dios. Y quizás hubiera querido mantener la primacía o exclusividad en sus ofrendas. No se alegró su corazón al ver que su hermano Abel seguía su ejemplo trayendo ofrenda al Señor. Todos conocemos el fin de esta historia. Caín "creía" con el sentimiento, la emoción, la idea. Pero cuando su hermano, siguiendo su pauta, le superó en los frutos presentados, su semblante decayó, hasta llegar al primer homicidio. Aniquiló a su hermano y a su descendencia potencial. El desenlace de esta historia habría sido muy diferente si Caín hubiera creído al Señor con "fe-emuná". Y la prueba de lo que decimos se encuentra en el texto que sigue:

"Entonces el Señor dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieras, ¿no serás enaltecido? Y si no hicieras bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él." (Génesis 4:6-7).

Si Caín hubiera creído en Dios con la "fe-emuná", habría hecho caso de su consejo, y no hubiera dejado que su creencia orgullosa desencadenara una tragedia para su familia y para toda la humanidad. Algunos comentaristas creen ver aquí la columna vertebral de la enseñanza bíblica respecto al comportamiento del hombre. Nuestra tendencia carnal apunta siempre a atribuir las causas de nuestros fallos, desaciertos y fracasos fuera de nosotros mismos, especialmente en nuestros prójimos más cercanos. Sin embargo, la enseñanza de la Palabra de Dios apunta hacia una forma de reparar nuestros errores que nada tiene que ver con la búsqueda de culpas y culpables. Se trata de dominar nuestras pasiones, de reducir nuestras iras y furores, para elevarnos por encima de nuestras miserias, pequeñeces y falsas sospechas. Todo nuestro futuro en todos los campos del quehacer humano dependerá de nuestra actitud al respecto. Una traducción muy literal del texto, aunque pierda en belleza y orden morfo-sintáctico, nos aclarará el sentido de la recomendación que el Señor le hace a Caín: "Ciertamente, si has de hacer el bien, te erguirás. Mas si no hicieras el bien, el pecado yace a la puerta, hacia ti dirige su deseo, mas tú lo habrás de dominar." (v. 7). De aquí se deduce que el Señor, en su infinita misericordia, le ha dotado al hombre de poder para dominar sus instintos. Y ese poder es la "fe-emuná".

Después del homicidio, el Señor se dirige a Caín y le dice: "¿Dónde está Abel tu hermano?" Y la respuesta de Caín demuestra su distancia inmensa respecto de la "fe-emuná": "No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" (Génesis 4:9). La pregunta del Señor es una clara demostración del deseo del Padre por entablar un diálogo con su hijo, por alejado que se encuentre. Es semejante a la pregunta dirigida a Adam después de la transgresión: "Mas el Señor Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?" (Génesis 3:9). Los sabios de Israel interpretaron que estas dos preguntas tan semejantes, formuladas por el Señor, demuestran la necesidad de dotar al hombre de mandamientos, preceptos, estatutos y decretos para la convivencia entre el hombre y su prójimo. Esa es la "fe-emuná". Por el

contrario, la fe religiosa, la creencia, le lleva a Caín a introducirse más y más en el laberinto de la insensatez, el orgullo, la arrogancia y la hipocresía: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" (v. 9). "su pecado añade ahora otro. Intenta confundir a Dios. Inicia el argumento del alcance de su responsabilidad personal. En definitiva, lo que Caín está diciendo es que a él no le importa el otro; que cada uno debe tener su propia responsabilidad. Ha iniciado el principio individualista y ególatra de "a cada uno lo suyo". Caín materializa al otro. Cosifica a su hermano. Inicia su propia teología sobre cómo eludir la responsabilidad y la culpa. Es un auténtico modernista, un neo-liberal. Para Caín no hay mutua responsabilidad ni obligaciones trascendentes. Todo es relativo. Todo depende del criterio de cada uno, y especialmente del criterio del más fuerte, de aquel cuya arma es más rápida y mortífera.

CONCLUSIÓN.

Realmente no hallaremos en las Sagradas Escrituras, ni en ninguna otra fuente del pueblo de Israel, nada que destaque la diferencia entre la fe en Dios y el amor obediente y temeroso que le debemos. Podemos "creer" y ser "creyentes" en el dios de los filósofos, pero tratándose del Dios vivo y verdadero, la fe habrá de ser "emuná", es decir, la "mitzvá", "mandamiento", "ordenanza", por excelencia. En el judaísmo tradicional, la "emuná en Dios" ocupa el número 25 dentro de los 613 "mitzvot" (248 positivos - "mitzvot asé"- y 365 negativos o prohibiciones -"mitzvot lo taasé"-), que son los "preceptos divinos" de la Torá, la Santa Ley de Dios que los cristianos conocemos por Pentateuco. Este número de mandamientos positivos corresponde, según la tradición, a los principales miembros del cuerpo humano, mientras que el número de los preceptos negativos o prohibiciones corresponde al número de días del año solar. La perspectiva pragmática del pueblo de Israel entendió siempre que los mandamientos y ordenanzas del Altísimo son el modo de vida que Dios quiere para su pueblo. Esa es la "fe-emuná". De ahí que su número tenga un alcance recordatorio intrínseco y extrínseco. Y aquí conviene salir al paso de ese malentendido tan extendido en algunos círculos cristianos desinformados, donde se piensa que el pueblo hebreo cree meritorio el cumplimiento de las ordenanzas divinas. Nada más alejado de la realidad. El valor moral del mandamiento, según afirmaron los sabios de Israel y los rabinos, es que la virtud es su recompensa propia; es decir, que el cumplimiento del precepto es su propia paga, pues es el Señor quien santifica a su pueblo dándole ordenanzas y estatutos para que le conozca y crezca en santidad. En el uso coloquial, el término "mitzvá" ha llegado a significar cualquier buena acción que redunde en beneficio para otro ser humano o para la sociedad. El amor al prójimo de entre el pueblo de Israel ocupa el lugar 243, el amor al extranjero es el número 431, y el amar a Dios ocupa el 418:

"Oye, Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy (el Decálogo, Ex. 20:1-17; Dt. 5:1-21), estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las

"Acercándose uno de los escribas, que los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal

mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos." (Marcos 12:28-31; Mateo 22:34-40).

"Ahora, pues, Israel, ¿qué pide el Señor tu Dios de ti, sino que temas al Señor tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos del Señor y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?" (Deuteronomio 10:12-13).

"No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo el Señor." (Levítico 19:18).

"Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz. Porque el Señor vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho; que hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero dándole pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto." (Deuteronomio 10:16-19).

"Cuando el extranjero morare con vosotros en vuestra tierra, no le oprimiréis. Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que more entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto. Yo el Señor vuestro Dios." (Levítico 19:33-34).

Esa es la "fe-emuná". El amor a Dios obedeciéndole en sus ordenanzas, en las que Él siempre nos instruye remitiéndonos a nuestra propia experiencia vital. En el caso del pueblo de Israel, a su propia historia. De ahí también que en la confianza obediente al Bendito tengamos necesariamente que pasar por el amor a nuestro prójimo, para lo cual hemos de poner en práctica los mandamientos de Dios, que son bendiciones para ese otro que es como yo soy. Sólo así podemos salir de nuestro egoísmo y vencer nuestras soberbias:

"Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas." (Mateo 7:12).

Al falso profeta se le descubre en la praxis. Lo mismo acontece con respecto al carácter genuino la fe:

"Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis." (Mateo 7:15-20).

"Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma... Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?... ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo

de Dios... Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta." (Santiago 2:17, 19-20-23, 26).

Es duro decirlo, y muchísimo más asumirlo, pero la fe entendida como creencia, no tiene lugar en las Sagradas Escrituras. Es un concepto absolutamente ajeno a la revelación divina. Está arraigado en el campo de la filosofía contemplativa de los sabios de Grecia, en el romanticismo de los poetas latinos y sus descendientes, en el amor degradado y devaluado hasta transformarse el mero sensualismo hedonista de nuestra sociedad materialista; pesadamente cargado de idealismo utópico, contemplación ociosa, aterciopelada acomodación burguesa y teología de salón, sufragada por quienes no están dispuestos a que nada cambie, por cuanto no les ha ido mal en la feria de las vanidades.

El engaño de la fe entendida como creencia penetró en la iglesia a través de la filosofía, y fue usurpando el lugar de la "fe-emuná" en la misma medida en que la cristiandad iba alejándose de sus raíces hebreas. El brillo de Roma deslumbró a muchos cristianos. La contemplación de Jerusalem en ruinas les hizo olvidar las promesas de restauración del Dios vivo y verdadero, Dios de Israel para todas las naciones.

Es tiempo de volver a las raíces. Es tiempo de "teshuvá" y "emuná". Amén.

J.Y. 16-04-2003.